

tos *fanáticos imbéciles* podíamos citar que participan de estas horribles creencias!

El ministro calvinista está bien persuadido de que esta doctrina es ajena al cristianismo. Su maestro Calvino estaba muy convencido de lo contrario. ¿Quién tiene razón? Para el que tiene ojos y quiere ver, es evidente que el cristianismo no es ya lo que en otro tiempo. ¿No era cristiano San Agustín? Sin embargo su doctrina es hoy rechazada á porfía por los reformados y por los católicos; ¡y esto tratándose del dogma fundamental del cristianismo, del pecado original! Luego es posible creer acerca del pecado original las cosas más contradictorias, y ser, sin embargo, cristiano ortodoxo. En el seno de la reforma todavía sucede más. Hay calvinista que llama á Calvino fanático imbécil. Hay luteranos que escuchan á la razón, á la cual Lutero llamaba la prostituta del diablo. ¿Cuándo, pues, serán los hombres más francos en sus opiniones? Que sigan llamándose cristianos, pase; pero que confiesen al ménos que su cristianismo no es ya el cristianismo del Evangelio, como no es el cristianismo de San Pablo, ni de Agustín, de Calvino ni de Lutero. Es un cristianismo progresivo que en su último límite ya no difiere de la filosofía más que en el nombre, un cristianismo que cuenta entre sus padres á Rousseau y aún á Voltaire.

§ IV.—Los materialistas. Diderot. Helvecio. D'Holbach.

N.º 1.—El ateísmo y el Dios de la teología.

I.

Habia en el siglo pasado libres pensadores de más mala reputación que Voltaire y que Rousseau. Se los llama materialistas y ateos. ¡Cosa notable! El ateísmo es hoy el gran crimen que se imputa á Diderot, á Helvecio, á d'Holbach, siendo así que ellos se preciaban

de ello. Hume, el célebre escéptico, estando en Francia, pasó, lo mismo que Voltaire, por un devoto, porque era deísta. Escribió á un amigo suyo que podía decir á los reverendos padres de Escocia que no había encontrado deístas en París, por la sencilla razón de que todo el mundo era ateo. Que el ateísmo sea un crimen ó un título de gloria para los enciclopedistas, preciso es ver en qué sentido eran ateos. Porque hay diversas clases de ateísmo. Un ilustre filósofo hace observar que se ha abusado de una manera extraña de la censura de ateísmo, prodigándola á todos aquellos que no participan de la opinión corriente acerca de Dios. Hegel tiene razón. Los cristianos fueron llamados ateos por los paganos; los libres pensadores del siglo xvi pasaron por ateos, y más de uno pagó con su vida este crimen imaginario; en el siglo xvii Pascal fué clasificado entre los ateos por un sabio jesuita. Contando de este modo había más ateos que deístas. Por último, en nuestros días se lanza esta acusación contra todos los que niegan la divinidad de Jesucristo, contra todos los que no admiten un Dios personal; panteísmo y ateísmo son lo mismo para los celosos. Hé aquí una porción de especies de ateos. ¿En qué categoría debemos clasificar á los filósofos materialistas del siglo pasado?

Hegel responde á nuestra pregunta diciendo que los Diderot, los Helvetius, los d'Holbach eran panteístas á la manera de Espinosa, más bien que ateos. En este caso no se los puede llamar ateos, como no se le puede llamar á Espinosa. Rechazaban el concepto que el vulgo formaba de Dios; esto es todo lo que puede decirse, comprendiendo en este vulgo á los teólogos. Antes de condenar á los más libres pensadores del siglo xviii, continúa Hegel, conviene ver cuál es la religión que atacaban con todo el furor propio de los galos. El filósofo alemán condena esta religión con una energía, con una rudeza de lenguaje, que no es habitual en él: era, dice, la *mentira absoluta*. «No había ya en la Iglesia ni doctrina, ni costumbres, ni nada más que codicia, desorden, crápula. ¡Y ese cadáver de religión tenía la pretensión de imponer su vacío á los pensadores, como la *verdad absoluta*! ¡Y se acriminará á los filósofos por haber destruido el imperio de la superstición, unida á la hipocresía y á la estupidez! ¿No era éste el primero de sus deberes? Aun cuando no hubieran hecho más que demoler, debe-

riamos elogiarlos» (1). ¿Es fundada la opinion de Hegel? Los libres pensadores mismos nos dirán lo que pensaban.

Voltaire ha comparado ya á Diderot con Espinosa. Esto es, dicen, hacer demasiado honor al jefe de los enciclopedistas. Entendámonos. En Espinosa domina la inteligencia, en términos que se le podría definir, llamándole un pensamiento puro; en Diderot domina la imaginacion. El uno es un geómetra, el otro es un poeta. No puede decirse que un geómetra sea superior á un poeta, ni que un poeta sea superior á un geómetra. No se trata de apreciar la grandeza del genio, sino su tendencia, y ésta es idéntica, sin género de duda. Espinosa ha llegado al panteísmo por medio de las abstracciones de la razon; Diderot había nacido panteísta, á la manera de los grandes artistas que, sintiendo la presencia de Dios en toda la naturaleza, en todos los seres, confunden fácilmente la naturaleza y los seres con Dios. El alma ardiente, expansiva de Diderot se ahogaba en la estrecha Iglesia de las sectas cristianas: «Los hombres han desterrado de su alrededor á la Divinidad, dice; la han relegado á un santuario. Destruid esos recintos; agrandad á Dios; vedle en todas partes donde está, ó decid que no existe. Si yo tuviera que educar un niño, le haria sentir una compañía tan real de Dios, multiplicaria tanto en derredor suyo los signos indicadores de la presencia divina, que le acostumbraria á decir: éramos cuatro: Dios, mi amigo, mi director y yo» (2). *Agrandad á Dios*; todo Diderot está en esta frase; es el gérmen de su panteísmo. Es posible ciertamente agrandar á Dios, sin perderse en este fatal error; pero la medida no era el distintivo de Diderot; es la única cualidad que le faltaba para ser el genio más grande del siglo XVIII. Se lanzó por completo en ese océano divino que lo absorbe todo, el mundo y el individuo. Escribe á Voltaire que los seres espirituales y corporales son el compuesto del universo, y que *el universo es Dios*. Lo infinito absorbe en tales términos todo cuanto existe, que solamente él tiene una existencia real; excluye á todo otro sér que no sea él; no hay más

(1) HEGEL, *Geschichte der Philosophie*, t. III, p. 514, 515.

(2) Tomamos estas citas de DAMIRON, *Memorias sobre la Historia de la filosofía del siglo XVIII*, t. I, p. 272 y sig.

que ese inmenso pólipo, como dice Diderot, del cual no somos, lo mismo que todos los seres, más que divisiones ó miembros: «El mundo, semejante á un gran animal, tiene un alma; es infinito, y el alma del mundo es infinita, todo es Dios.»

Hé aquí el panteísmo, no el panteísmo que niega á Dios, diciendo que el mundo es Dios, sino el panteísmo que absorbe el mundo en Dios. La diferencia es inmensa; en la primera doctrina ya no hay Dios, en la segunda no hay nada más que Dios. Se acusa á Diderot de ser materialista; si por esta denominacion se entiende un pensador que no ve nada más que materia en el mundo, sin alma, no hay acusacion más injusta; concede un alma, no solamente á todos los seres, sino á los objetos del mundo físico, áun á los más inertes, hasta á las piedras, y trata de demostrarlo filosóficamente: «Hay dificultad para admitir, dice, que la sensibilidad sea una propiedad esencial de la materia, porque resultaria la consecuencia de que hasta las piedras sienten; lo cual se hace difícil de creer. Acaso para el que la corta, la labra, la tritura, y no la oye quejarse. Pero ¿hay verdaderamente diferencia en el fondo entre el hombre y la planta, el mármol y la carne? No, como no la hay entre la materia que se mueve y la que no se mueve, pero tiene en sí el movimiento.» Si no es un filósofo el que esto dice, ó si la filosofía que enseña es falsa, ménos aún es un ateo. El panteísmo no es una doctrina para Diderot, es un sentimiento, una religion. Un dia paseaba por el campo con su amigo Grimm. Habia cogido un aciano y una espiga, y parecia interrogar á su corazón: «¿Qué haceis?, le dijo Grimm. — Estoy escuchando. — ¿Quién os habla? — Dios. — Y ¿qué dice? — Habla en hebreo. El corazón lo comprende, pero el espíritu no tiene bastante elevacion.»

Decir que los artistas son ateos, es calumniarlos ó no comprenderlos; se puede afirmar que es imposible. Pero no se les debe pedir una definicion filosófica, porque responderian, como Diderot, que todo es Dios. Es una doctrina falsa, si es que merece llamarse doctrina. La vida individual desaparece, es absorbida por el todo divino: «¿Qué quereis decir con vuestros individuos? exclama Diderot. No los hay, no los hay; no hay más que un solo gran individuo, que es el todo. En este todo, como en un animal ó en una

máquina, hay partes que se llaman tales ó cuales. Pero cuando se da á estas partes el nombre de individuos, es una concepcion tan falsa como si en un pájaro se diese el nombre de individuo al ala ó á una pluma del ala. ¿Qué es un sér? Un cierto número de tendencias. ¿Puedo yo ser otra cosa que una tendencia? No; me dirijo á un término. ¿Y la vida? Un sentimiento de accion y de reaccion; vivo, obro y reobro en masa; muerto, obro y reobro en moléculas. ¿Es decir que no muero? Indudablemente. Nacer, vivir y morir es cambiar de formas. Y ¿qué importa una forma ú otra? ¿No parece un brahman? Esto no es un elogio, ni mucho ménos una aprobacion. Hemos rechazado el error del panteismo, en cuanto se nos ha presentado en la historia; lo condenamos en los filósofos franceses lo mismo que en los Indios, lo mismo que en los socialistas. No es lo mismo, sin embargo, ser panteista que ser ateo. ¿Cómo puede acusarse de ateismo á pensadores, artistas, que ven á Dios en todas partes, hasta en una flor ó en una piedra?

Diderot es una figura aparte en el siglo XVIII; es una naturaleza de poeta, al paso que sus amigos los Helvetius, los d'Holbach, eran dialécticos, por mejor decir, hombres del mundo que no se hicieron escritores más que por oposicion, por odio al cristianismo; son verdaderos sectarios. Sin embargo, cosa notable, están conformes con Diderot respecto del concepto de Dios, si pueden llamarse así sus vagas aspiraciones. Helvetius dice que la inteligencia suprema es inseparable de toda la naturaleza. No dice que toda la naturaleza es Dios, sino que la universalidad de las cosas emana de él, lo cual es próximamente equivalente. Y las consecuencias son tambien idénticas: «Toda la materia es viva, dice, no hay más que materia viva en el sistema material. La materia no puede perder su vida ni su organismo. Cuando un todo orgánico y vivo se disuelve en otros cuerpos orgánicos y vivos, no hay despues de esta disolucion materia muerta, como no la habia ántes; nunca muere la menor partícula de materia en estas composiciones ó descomposiciones. El paso de la materia del estado de vida al estado de muerte, y su regreso del estado de muerte al estado de vida no pueden tener lugar, porque, siendo la vida esencial á la materia, siempre se conserva viva, y solamente cambia de forma y de com-

binacion. Es decir que no hay destruccion en la naturaleza, sino una metamórfosis continua» (1).

D'Holbach es considerado como el ateo por excelencia; es el autor del *Sistema de la naturaleza* y basta. En él se predica el ateismo en todas las páginas; pero este ateismo ¿no será el de Diderot? Garat, amigo de ambos, refiere una anécdota curiosa acerca de la filiacion intelectual que existe entre Diderot y d'Holbach. El que hoy es condenado como ateo, fué por mucho tiempo adorador de Dios, y profesaba su deismo con el mismo ardor, el mismo celo de propaganda que empleó más tarde en su panteismo (2). «Perseguía la incredulidad de Diderot hasta en los talleres en que el editor de la *Enciclopedia*, rodeado de máquinas y de obreros, escogía para el gran diccionario los dibujos de todas las artes. Apoyándose en aquellas mismas máquinas, en las que brilla un espíritu tan fértil en creaciones, d'Holbach preguntaba á Diderot si podía dudar de que hubiesen sido concebidas y trazadas por una inteligencia.» Diderot no se sometía á esta demostracion tan evidente. Entonces su amigo, deshecho en lágrimas, caía á sus piés. Se ha dicho de San Pablo que, siendo perseguidor cuando cayó, fué apóstol cuando se levantó. Aquí sucedió lo contrario: el deista que cayó de rodillas para convertir al ateo se levantó hecho ateo. Diderot es, pues, el maestro del baron d'Holbach, más aún, es su colaborador, su cómplice. El mismo cuenta que d'Holbach le llevaba por la tarde sus borradores, y volvía al día siguiente á recogerlos, revisados y corregidos; más de una página del *Sistema de la naturaleza* es de la mano de Diderot (3).

Escuchemos un momento al discípulo ferviente de Diderot. El mismo habia objetado á su amigo que no hay efecto sin causa, que el mundo, lo mismo que las máquinas, no se ha hecho á sí mismo. Á esto responde sin duda la respuesta que le dió Diderot y que le convirtió al ateismo: «El universo es una causa y no un efecto, no es una obra. Ha existido siempre. Es causa de sí mismo. La

(1) HELVETIUS, *Los Progresos de la razon en la investigacion de la verdad* (Obras, t. I, p. 356 y 391, edic. in-8.º)

(2) DAMIRON, *Memoria sobre la filosofia del siglo XVIII*, t. I, p. 118.

(3) IDEM, *ibid.*, t. I, p. 118.

naturaleza, cuya esencia es visiblemente obrar y producir, no necesita de un motor invisible para desempeñar sus funciones, como lo hace á nuestra vista. La materia se mueve por su propia energía; la diversidad de los movimientos ó maneras de obrar es lo que constituye la diversidad de las materias.» ¿Qué es esa naturaleza siempre activa, siempre viva? ¿No es nada más que materia? ¿Nada más que fatalidad, acaso? D'Holbach habla de la naturaleza, como Espinosa del *sér universal*: «La naturaleza es una palabra de que nos servimos para designar el conjunto inmenso de los seres, de las materias diversás, de las combinaciones infinitas, de los movimientos variados que presencian nuestros ojos. Todos los cuerpos, ya organizados, ya inorgánicos, son resultados necesarios de ciertas causas hechas para producir necesariamente los efectos que vemos. En la naturaleza nada puede hacerse al acaso, todo en ella sigue leyes fijas; estas leyes no son más que el enlace necesario de ciertos efectos con sus causas. Atribuir un efecto al acaso es no decir nada, sino que se ignoran las leyes por las cuales los cuerpos obran, se unen, se combinan ó se separan. Todo sucede al acaso para los que no conocen la naturaleza» (1). D'Holbach no ha comprendido la doctrina de su maestro; se atiene á los resultados; pero se conserva en cierto modo deísta, á pesar suyo. Se le ha dicho que Dios era una palabra, que *todo es Dios*: llama á este todo naturaleza; pero la naturaleza tiene sus leyes como la creación de los pensadores cristianos. Reemplácese la palabra naturaleza por la de Dios, y se tendrá el teísmo de Voltaire. ¿Por qué, pues, d'Holbach se ha convertido al ateísmo? ¿Por qué él y sus amigos no admitían ya el Dios de la teología? Este es un punto capital, porque los materialistas, sobre todo los talentos de segundo orden, apenas tienen más que una doctrina negativa. Necesitamos, pues, ver por qué negaban al Dios de los cristianos.

(1) *El Buen sentido*, § 39, p. 29; § 43, p. 36.

II.

«*Je veux aimer ce Dieu, je cherche en lui mon père*» (a).

Este verso de Voltaire nos explica por qué los libres pensadores renegaron del Dios de la teología. Diderot lo dice con todas sus letras: «Con el retrato que me hacen del Sér Supremo, de su inclinación á la cólera, del rigor de sus venganzas, de ciertas comparaciones que nos dan á conocer numéricamente la relación de los que deja perecer á aquellos á quienes se digna tender su mano, dan tentaciones al alma más recta de desear que no existiese.... Sí, lo sostengo; la superstición es más injuriosa para Dios que el ateísmo. Más quisiera, dice Plutarco, que se creyese que no ha habido Plutarco en el mundo, que no que se crea que Plutarco es colérico, injusto, inconstante, envidioso, vengativo, y tal como no quisiera ser» (1). D'Holbach es igualmente explícito; niega la existencia de Dios, porque la teología cristiana da de él una idea falsa. Se lee en las *Cartas á Eugenia* (2): «Las ideas atroces que los sacerdotes se empeñan en imbuirnos acerca de la Divinidad, son las que obligan á tantas personas honradas á echarse en brazos de la incredulidad.» Hemos referido la oración que pone d'Holbach en los labios de un ateo. Los mismos pensamientos reaparecen en el *Militar filósofo*, uno de esos libros anónimos que no tenían realmente autor; eran obra de todo el mundo, en el sentido de que expresaban el pensamiento de todos: «Sí, lo repito: más valdria no admitir un Dios que admitir uno que fuese malo, caprichoso, injusto; que exigiese que se le sacrificase la razón que ha dado á sus criaturas para guiarlas, que ahogáran las inclinaciones invencibles de la naturaleza de que es autor, para tratar de hacerse desgraciado.... Los sacerdotes, que hacen un Dios bárbaro, son verdaderos blasfemadores; ellos son

(a) Yo quiero amar este Dios, en él busco mi padre.

(1) DIDEROT, *Pensamientos filosóficos*, núms. 9 y 12 (*Obras*, t. I, p. 106 y siguientes).

(2) Las *Cartas á Eugenia* se hallan entre las obras publicadas bajo el nombre de FRERET, t. I, p. 135.